

escrito a máquina



El Charral

A Luis Rocha: este "ejercicio de composición".

Al borde de los caminos, al borde de los campos de labranza y de las milpas, allí donde el hombre deja, por un momento, de transitar o de labrar —acechando su descanso o aprovechándose de su pereza— está el charral. Todos lo conocemos. Es parte del paisaje, la parte rebelde, desordenada, sucia, hirsuta de nuestra vegetación tropical.

El "charral" es aporte de la lengua náhuatl, según Valle. Viene de "churra" o "Churra". De ahí "churral" o charral que es tanto como matorral. Designa la "burra de monte" salvaje de nuestra naturaleza donde se dan cita —listas a saltar, al menor descuido del caminante o del campesino— todas las fuerzas vegetales hostiles al hombre y a cualquier forma y orden de cultivo. Allí la "cola de iguana", la "zarza negra", los "mosotes", las "ortigas", las "aristides", la "cola de alacrán", la "cola de zorro", la "escoba amarilla", el "ojo de buey", el "bledo" espinoso, la "yerba de cabro", la "pata de gallina", la "yerba mora", la "comida de culebra", la "lengua de vaca", el "carrizo amargo", la "espuela de caballero", la "pica-pica", el "chichicaste", etc... El campista sabe el suplicio que es caer en ese breñal implacable. Tiene un verbo para expresarlo: "encharralarse". Y por metáfora del charral llama al desgreñado y melenudo: "charraludo".

El Charral no es selva, ni es montaña, que son dominios del árbol, sino un contrataque vegetal en el dominio del hombre.

Pero el charral, a las primeras lluvias, se cubre de verde, se disfraza con un manto de príncipe y produce las florecillas más maravillosas del trópico: margaritas amarillas, celedonias moradas, campánulas cárdenas, flores lilas de la zarza, flores amarillas de la "espinosa de pescado", gallitos, la filigrana blanca y lila de la "calala", sangrientos malinches enanos, blancos estoraques... El desorden se oculta y se recubre de un tejido de verdes infinitos de trepadoras y enredaderas. El harapo de la espinosa se hace seda y terciopelo de pétalos y ramos. La suciedad amarillenta y polvosa del verano se transforma en un lujoso escenario de ópera para cantos de pájaros.

¡Es un engaño! Un embozo o disfraz de nuestra peligrosa belleza. Debajo del velo verde incuba sus sueños de escorpión el chichicaste, prepara la avispa su panal, duerme la cascabel, se refugia el puerco-espín, elabora sus químicas la ortiga, y miles de espinas afilan sus breves puñales y miles de vainas y semillas preparan sus polvos brujos picantes e irritantes aliándose a los hormigueros, comejenes y zompoperas.

En el charral se repliega y esconde toda la maleza que es el Mal vegetal. El charral es la vegetación insociable.

Frente al charral el hombre contraponen tres órdenes: el de la utilidad, de la milpa; el de la comunicación, del camino; el de la belleza, del jardín. Obras del hombre, porque el hombre no da paso ni piensa un pensamiento sin orden. Está tan unido el ORDEN al SER humano que la raíz "OR" de orden, significa simultáneamente URDIR y COMENZAR (de allí: ORIGEN; de allí: ORIENTE) y como el urdir lleva implícito el concierto, con la misma raíz "OR" el lenguaje formó las palabras "ORNAMENTACIÓN" y "ADORNÓ". El orden debe regir el nacimiento de la semilla si es siembra, como la palabra si es discurso o poema, como el paso si es danza, o marcha, o simple andar. ¿Acaso el pie que va cubriendo la semilla en el surco no es un paso de danza? El hombre ordena la naturaleza para el alimento —escribe las sílabas del pan en líneas concertadas— y la ornamenta en el jardín o la huerta. Por el peine en la melena comienza el hombre esa urdimbre de la naturaleza que acaba en civilización. (Quizás por eso los jipis —al reaccionar contra la civilización—, también lo primero que hacen es no peinarse).

Pero allí está el problema: ¿cuándo la civilización deja de ser orden, deja de ser

milpa, cultivo —comunidad— para convertirse en la "yurra" o "churra" de los matagalpas, churral de invierno con manto verde satatuquificado, con flores de neón, pero debajo —espinosa y ortiga— la miseria, el diente agresivo y el homicidio?

Cada civilización tiene sus urdimbres. En la metáfora de la naturaleza, la nuestra exhibe sus límites entre el charral y la huerta. El jardín indio (el patio nuestro, el solar, el huerto) no será el jardín de Versalles. Sus métodos y reglas —su SINO diría Séneca— son versos más libres y conjuntos más barrocos. El jardín europeo está regido por la rosa y por la lógica. El patio o solar indio por el "palo-de-hoja-de-color", y por palos florales y frutales —la reseda, el sacuanjoche, el marañón, el capulín, el limón, el jocote, etc.— con una concepción más caótica pero más edénica. Está más cerca de Adán que de Luis XIV; más cerca de la intuición que de la lógica, más "sentimental, sensible, sensitiva" (como dice el verso de Rubén) que racional. Nuestro jardín es la huerta, nuestros jardines son los solares de Nindirí que inspiraron las páginas de canto y admiración de Squier. Encanto de libertad, de contacto más directo con la naturaleza original pero, por lo mismo, más fronteriza al charral, más próxima a la barbarie.

Muchas veces me he preguntado cómo serían los jardines Mayas. ¿Cómo ordenarían la vegetación alrededor de sus templos, palacios y plazas, esos matemáticos y arquitectos de las misteriosas ciudades blancas? ¿Cuál sería su "mester", su orden, su concepción del ornato vegetal? ¿Dejarían muy próxima, apenas rozada por la obsidiana pero no sustituida por el jardín, la amenaza del charral, su solapada acechanza que a fin de cuentas se les echó encima, como vanguardia de la selva, devorando sus prodigiosos edificios?

Nosotros hemos conocido como ciudad, el acecho del charral. Apenas cayó Managua, el charral —como una manada de tigres verdes— la invadió, reproduciendo en la vegetación lo que sucedió con el hombre.

El riesgo de los mayas sigue siendo nuestro riesgo. Junto a la polis (que es ciudad y es política) se avecina la selva.

Yo recuerdo una eterna discusión con Manolo Cuadra, que siempre defendía y proclamaba a ultranza la virtud de lo natural y de lo espontáneo. Lo sostenía (por llevar la contraria) contra Joaquín Pasos y contra mí cada vez que abríamos ante sus ojos un libro extranjero. Pudiéramos haberle dicho como el pintor Raúl Dufi: "La naturaleza, Señor, después de todo, no es más que una hipótesis". Porque el hombre no es natural sino histórico. El hombre es cultura. El hombre —si vamos al fondo de las cosas— es más cultura que biología.

Biológica y antropológicamente inacabado, el hombre pasa del vientre de la madre al vientre de la cultura. Y se hace en el seno de su comunidad en un aprendizaje social.

El hombre es cultivo. Es el fruto de una educación comunal: la comunidad lo forma o lo deforma.

El charral en las estructuras injustas, crece. Se hace mayoría. Es el desperdicio de tierras que serían fecundas cultivadas. Es la marginación.

Y no es malo que aprendamos en la parábola del charral, que no basta la obsidiana de los mayas, ni el machete de los nicas para suprimir el charral. Los márgenes de rebeldía, anarquía o insociabilidad no son suprimibles por la represión sino por la educación. Más todavía: la educación no suprime; orienta. El charral es una fuerza virgen. Es la fecundidad sin ordenamiento y sin cultivo que, por frustración, se arma de espinas o lanza al aire sus polvos urticantes.

"En tierra de charral se da a veces el mejor maíz", dice el refrán campesino.

PABLO ANTONIO CUADRA.